

la parte del perfil que se extiende desde la extremidad inferior de la oreja hasta el extremo de la barbilla parece revelar grandes apetitos físicos y un inmenso deseo de conservación, cosa por otra parte tan necesaria en una época de lucha en que dicho deseo representa siempre cierta prudencia y hasta, en algunos casos, un deber. La inteligencia y los sentidos comparten por igual este rostro, por otra parte notable: la inteligencia ocupa la parte superior y los sentidos la inferior.

Su conclusión es severa: « Todo el talento del Sr. Hugo consiste en la imaginación fecundada por una gran memoria. » Llega hasta reprocharle su buena cara y su salud, persuadido de que los buenos poetas, que sienten profundamente, deben estar pálidos y abatidos. Todo lo más que le reconoce es una sensibilidad cerebral, pasiones de cabeza y le compadece por hallarse condenado a no ser más que un niño de genio, según la frase de Chateaubriand, porque las obras del hombre *avergüenzan* a las del niño.

Estas obras vergonzosas eran *Han de Islandia*, *Bug Jargal*, *las Odas y Baladas*, *Cromwell*, *las Orientales*, *el Último día de un condenado*, *Hernani*, *Nuestra Señora de París*, *Hojas de otoño*, *Marion Delorme*, *el Rey se divierte* y *Cantos del crepúsculo*. No podía pretenderse que fuese demasiado restringido el campo de experimento para permitir una visión neta.

Por lo demás, la tesis no quedó abandonada y más de una vez hubieron de echarle en cara el reproche de insensibilidad al hombre que sin embargo escribió el *Arte de ser abuelo*, ese libro exquisito por su ternura y su bondad.

Se han dado a luz las cartas íntimas de aquella época y por ellas se ve cuán equivocado sería negar a Víctor Hugo las cualidades del corazón.

El cuadro presenta nombres célebres, Alfredo de Vigny, el abate de Lamennais, Francisco de Neufchâteau, Lamartine, la Stra. Mars, David d'Angers, Mérimée, Alejandro Dumas y Thiers. La excusa de los corresponsales menos célebres estriba en haber sido para Hugo más que otra cosa, los confidentes del ingenio y del corazón. En su conversación escrita con sus amigos, descende a detalles menudos y encantadores: aquí se trata de un dolor de muelas que deshona el perfil de su querida esposa; más allá se le ve estudiar el piano y tocar con un solo dedo *Jamais dans ces beaux lieux*. No es el bardo solemne de blanca vestidura colocado de pie encima de la roca contra la que se estrellan las olas; es el amigo de confianza que habla y ríe con los codos apoyados en la mesa, y con más buen humor que ingenio. Sus bromas rara vez son delicadas. Es un excelente particular, que mece a su hija « junto al ángel que tiene en su mujer », que anda solicitando artículos acerca de su persona en los periódicos de provincia, que bosteza en *Bertrand et Raton*; que sueña con tener un teatro suyo para hacer representar lo

que le agrada; que escribe *Nuestra Señora de París*, amontonando cuartillas y más cuartillas; que se propone escribir en quince días algunas palabras de prefacio y algunas notas para *Cromwell*, cuyas notas llenan hoy treinta páginas y cuyo prefacio tiene ochenta; es el curioso que va a tomar notas a Bicetre, uno de los días « en que se arreglan las cadenas », borroneando dibujos con la punta de una cerilla mojada en café con leche, para ilustrar la descripción de su misiva.

El progresivo declinar de surrealismo aparece desgraciadamente bien a las claras en estas páginas espontáneas, y es muy picante verle proclamarse al principio vandeano, para mostrar cincuenta cartas más lejos el temor de que su presencia comprometa una posada que tiene por muestra: la *Flor de lis*. No lo es menos por otra parte oír al principio al futuro autor de *Hernani* colocar el *Saül* y la *Clitemnestra* de Soumet entre las obras maestras del siglo, exclamando: « ¡ Esto es tan hermoso como una pieza griega! »

En las cartas a su padre se muestra hijo respetuoso y sumiso, admirador de las obras literarias paternas, poesías y memorias, y muy ansioso de recibir sus papeles para casarse; intranquilo cuando tarda el pago de su pensión y entristecido por la locura de Eugenio. En todo esto, el general Hugo aparece, como un buen hombre, débil y distraído, que no sabe exactamente la edad de su hijo y que versifica y dibuja. En cuanto a su esposa, la segunda, no cuenta con las simpatías de su hijastro, y por esta parte siempre habrá alguna tensión entre ellos: « ¡ Saluda a tu esposa! » escribe secamente Víctor, hablando de su madrastra. ¿ Qué será cuando la generala tenga una nuera?

Entonces quedarán mal por completo. En 1825 fué invitado Víctor Hugo por el rey a su consagración. Dejó a su esposa en casa del general: Adela y su suegra no se entendieron y su marido le escribía desde Reims para excitarla a que se libertase de « aquella persona ». Pero no estriba en esto el interés de las deliciosas y cariñosas cartas que envió a su esposa durante aquella separación que, según su expresión: « le dividió en dos ». Son exquisitas y a la vez tiernas, apasionadas, pintorescas y familiares con una sabrosa mezcla de lirismo y de vulgaridad. De los dos esposos, parece él el que más siente la ausencia; escribe todos los días y las respuestas son más raras; a veces hay retraso. Las cartas de Reims son propias de un corazón locamente enamorado y están llenas de delicadas ternuras y confidencias. El relato del viaje en diligencia, desde Blois a Reims, es pintoresco y recuerda a veces las encantadoras cartas que dirigía La Fontaine a su esposa cuando iba al Lemosin¹. Todo ello forma una mezcla divertida de detalles de todas

1. Sabido es que La Fontaine no brilló en primer término, por su amor a la familia y sobre todo a su esposa a la que dejó morir de aburrimiento años y años en el fondo de la provincia. Sus cartas eran pura literatura epistolar a la que son muy dadas los franceses de ambos sexos. (N. del T.)

clases, sin orden ni concierto, de poesía y cocina, de honras y de trapos. Con la misma pluma con que refiere una visita al Sr. de la Rochefoucauld, escribe que va á encargarse su calzón corto; su suegra le ha hecho una excelente salsa para la langosta, pero la oda á la consagración le atormenta. « Estoy asustado de lo que esperan de mí. » Á causa de la afluencia, la vida en Reims es muy cara, una tortilla cuesta 15 francos. Los monumentos son hermosos, pero se los restaura demasiado. « Siente uno ser francés cuando ve estas profanaciones cometidas por franceses y en monumentos franceses. »

Poco después se rompe su maleta y escribe que Nodier había perdido tres cuellos. En cuanto á él, ha hallado una espada de alquiler, ha pagado muy caros unos guisantes y ha admirado la catedral de Reims cuya hermosa descripción en aquella fecha, marca el advenimiento del romanticismo y la influencia de Chateaubriand.

No menos edificante es la correspondencia con Sainte-Beuve. Se conocieron en 1827 cambiando unos versos. Sainte-Beuve partió para Inglaterra y los nuevos amigos cambiaban sus impresiones románticas acerca de las catedrales de Cantorbery y de Westminster. Juntos echaban pestes, en nombre de la doctrina romántica, contra « aquellos miserables Janin y Latouche encastillados en todos los periódicos y derramando á su gusto su envidia, su rabia y su odio. » También cultivaban á Nisard, que seis años después debía poner á Víctor Hugo como ya hemos visto.

La Sra. Adela Hugo era encantadora. El feo Sainte-Beuve no pudo acercarse impunemente á su belleza: se enamoró de ella y el marido lo supo. Todos sufrieron por ello; pero el alma de Hugo era tan amorosa que procuró olvidar antes que perder un amigo. Atribuyó esta pasión al ineluctable Eros é impuso silencio á su resentimiento, sabiendo que sufriría mucho más con la pérdida de la amistad¹. Era un caso verdaderamente complejo, en que la abnegación á Sainte-Beuve podría hacer sonreír fácilmente, parecerse á una débil y complaciente indulgencia y en resumidas cuentas ofender á la mujer indiscretamente adorada. Y sin embargo, no se piensa en ello al leer estas cartas tan llenas de buena fe, de ardiente afecto y de dulce tristeza. Recuerda amargamente « el momento en que tuvo que escoger entre ella y Sainte-Beuve » y emplea en el análisis de su propio sentimiento una perspicaz clarividencia: « Cuando no os halláis presente, siento en el fondo de mi alma que os amo como en otro tiempo; cuando lo estáis, sufro un tormento. » Y más abajo: « La misma obligación que se me impone, por una persona á

1. Estas condescendencias y acomodamientos hacen muy poco honor al carácter del poeta. Sin embargo, el autor los halla excusables, y en esto sigue la opinión general de los literatos. No hace mucho oí en el Salón de Capucines una conferencia muy estudiada y erudita acerca de sus amores conyugales y extraconyugales y de los devaneos de su esposa con Sainte-Beuve. En verdad ninguno salía muy bien librado. (N. del T.)

quien no debo nombrar aquí, de estar siempre ahí cuando vos estáis, me hace ver sin cesar y muy cruelmente que ya no somos tan amigos como en otro tiempo. »

Emplea circunloquios que nuestra indiferencia halla excesivos, para echar fuera al querido intruso, preguntándole con interés si « se ha cicatrizado su herida ». Le hace comprender que vale más que se retire, pero esto no equivale á una ruptura, pues no tiene valor para ello: « Nos querremos siempre y nos escribiremos. ¿ No es verdad? » Esta bondad colosal maravilla y conmueve. Hay tanta sinceridad y tanto dolor en su acento que excita en nuestro corazón una gran piedad, y le compadecemos oyéndole: « Soy verdaderamente desgraciado. No sé ya en que situación me encuentro con respecto á los dos seres que más quiero en el mundo ». He aquí uno de esos gritos de la naturaleza que salen del fondo mismo del ser.

Este episodio no engrandece al poco interesante Sainte-Beuve. El alma superior de Hugo sufrió con su partida; los dos amigos no tardaron en encontrarse y Hugo no cabía en sí de alegría con esa exageración juvenil propia de su naturaleza. La dicha de recobrar su amistad le impulsa al olvido: « ¡ Sois una de mis religiones! » le dice. El no supo merecer el perdón. Tal vez hallaba molesta la exuberante indulgencia de su amigo. Se tornó más frío. Víctor Hugo se dió cuenta de ello y le decía muy lindamente al darle las gracias por un artículo en 1834:

He hallado en él, pobre amigo mío (y somos dos á quienes les produce el mismo efecto) inmensos elogios, fórmulas magníficas, pero en el fondo, y esto me entristece profundamente, nada de benevolencia. Preferiría menos elogios y más simpatía. ¿ De dónde procede esto? ¿ Hemos ya llegado hasta ese punto? Antes de cerrar esta carta he querido releer por la cuarta vez vuestro artículo, y mi impresión se confirma: Víctor Hugo se ve colmado de elogios. Víctor Hugo os dá las gracias pero Víctor, vuestro antiguo Víctor está triste.

Era esto el principio del fin. Esta carta data de febrero. Un mes después el mal pagado cariño de Hugo debía rendir las armas y enviaba su triste adiós al ingrato: « Enterremos cada uno por nuestra parte en silencio lo que había ya muerto en vos y lo que vuestra carta mata en mí. Adiós. »

Las cartas íntimas de Víctor Hugo nos descubren su corazón que fué excelente. Conoció las traiciones y defecciones y sufrió por haber querido demasiado. Le escribía á su mejor amigo: « Amar y tener necesidad de amor y de amistad: poned ambas palabras en quien os plazca, éste es el fondo feliz ó desdichado, público ó secreto, sano ó ensangrentado de mi vida; vos no habéis reconocido jamás esto en mí. »

Larga es la serie de desgracias durante ese período. Perdió un hijo,

murió su padre, le hostigaron sus enemigos y le hicieron traición sus amigos. Oidle, en 1830 :

La Comedia francesa, *Hernani*, los ensayos, las rivalidades de bastidores de actores y de actrices, las intrigas de los periódicos y de la policía, y además, por otra parte, mis asuntos privados, siempre bastante embrollados, la herencia de mi padre no liquidada, nuestros bienes de España ¹ confiscados por Fernando VII, nuestras indemnizaciones de Santo Domingo retenidas por Boyer, nuestros arenales de Sologne que están en venta desde hace veintitrés meses, la casa de Blois que nos disputa nuestra madrastra... por consiguiente, nada ó bien poca cosa que recoger de los restos de una gran fortuna sino procesos y penas. He aquí mi vida.

Su gran consuelo fué su amor á sus hijos y en esto tampoco debía ser feliz; puesto que su cariño á Leopoldina no debía preservarla de la espantosa catástrofe de Villequier. Á pesar de todo el interés que se concede á las cartas á su mujer y á las cartas á Sainte-Beuve, son acaso las cartas á sus hijos el joyel de su correspondencia. El que debía poetizar el arte de ser abuelo conocía mejor aun el arte de ser padre. Las cartitas que envía durante sus viajes á su Leopoldina son flores delicadas, cuyo perfume de ternura nos dilata el corazón : todo esto es honrado, bueno, sano y vivificante.

He cogido para ti esta florecilla en la duna. Es un pensamiento silvestre que ha regado más de una vez la espuma del océano. Guárdalo por amor á tu padrecito que te quiere tanto. Ya he enviado á tu madre una flor de las ruinas, la amapola de Gante; he aquí ahora una flor del mar. Además, ángel mío, he trazado tu nombre en la arena, la marea alta lo borrará esta noche pero nada podrá borrar el cariño que tu padre te tiene.

Dibuja en el papel la Osa mayor « ese hermoso carro de Dios que te he enseñado á distinguir entre las estrellas ». Sabe decir las cosas más graves á los niños poniéndose á su nivel :

Ya ves, hija mía, cuán grande es Dios y cuán pequeños somos : donde ponemos nosotros manchas de tinta, pone él soles. Esas son las letras con que escribe. El cielo es su libro. Bendeciré á Dios si sabes siempre leer en él. Así lo espero.

En otra parte dice :

Todo lo que veo, el cielo hermoso, las hermosas montañas y la mar hermosa no es nada, te lo aseguro. Mi chimenea, mi antiguo canapé azul y vosotros sentados en mis rodillas valéis más que los Alpes y el Mediterráneo. Estoy profundamente convencido de ello en este momento en que me encuentro solo leyendo tus queridas cartitas con las lágrimas en los ojos.

1. ; Con qué naturalidad habla el poeta de nuestros bienes de España, como si se tratara de bienes solariegos ! (N. del T.)

Por mucho que se eleve su pensamiento, los sentimientos humanos calientan siempre su pecho. Amaba á los humildes, á los pequeños é idolatraba á sus hijos :

Cuando recibas los *Burgraves*, escribe á su hija, Sra. Leopoldina Vacquerie-Hugo, lee las páginas 96 y 97 en que hay unos versos que no podía oír en los ensayos en los días que siguieron á tu partida. Ibame á llorar en un rincón como un simple ó como un padre. Te quiero mucho ya lo sabes, mi pobre Leopoldina.

Estos versos no es difícil encontrarlos, son seguramente aquellos en que Job llora á su hijo :

— Quel don du ciel ! J'allais á son berceau sans cesse :
Même quand il dormait, je lui parlais souvent ;...

Escribía esto en abril de 1843 ; cinco meses después, se ahogaba su querida Leopoldina, seis días después de haber recibido de su padre una carta llena de buen humor en que le decía : « Sigue engordando y riendo. ¡ Regójiate, hija mía ! ¡ Estás en la edad ! »

Cada carta va acompañada de un croquis en apariencia negro, bruceo abrupto y salvaje. Á veces envía á su Carlitos un tema ó una versión que debe hacer ; el tema está lleno de solecismos, la versión no ha sido hecha y el papá lo encuentra todo muy bien.

Las cartas fechadas en España ofrecen un interés especial ; toma notas : « Sigo escribiendo mi diario, ya lo leerás algún día, dice. » Estas notas no debían aparecer sino después de su muerte y las cartas á su hijo reproducen las impresiones del diario acerca de esa España, especie de China que no se conoce, país admirable y lleno de pulgas². El espectáculo de la naturaleza conmueve y eleva el corazón más sensible, lleno de indulgencia, de amor y de admiración : « ¡ Paso mi vida admirando ! ¡ Qué hermosa es la creación ! No puede uno cambiar de sitio sin extasiarse á cada paso. Antes de ayer veía el mar, ayer á España, y hoy, las montañas. Todo esto es igualmente hermoso, pero de un modo diferente. »

Participamos de sus infortunios, admiramos su dulce filosofía y se hace amar por la expresión patética de los sentimientos más nobles, más tiernos y conmovedores. Este coloso tiene en el alma tenuidades deliciosas ; este gigante gana mucho mirado de cerca, ¡ detrás de la cortina, cuando baja de su roca para abrazar á su esposa y á su hija.

1. ¿ Qué don del cielo ! Iba sin cesar á su cuna.

Y hasta cuando dormía le hablaba con frecuencia.

2. Seguramente durmió en alguna mediana fonda de Vizcaya y se figuró que toda España estaba llena de pulgas. Es el procedimiento general de los viajeros franceses en nuestro país, y lo gracioso es que se quejan de que los ingleses lo apliquen de vez en cuando á Francia.

Su intimidad es amable. Nos gusta que los grandes hombres á quienes se admira sean simpáticos en la vida privada y que en ellos valga tanto el corazón como el ingenio. La admiración, como la amistad no pueden vivir sin la estima, y nos alegramos de que Nisard se haya equivocado.

¿Qué decir de su ingenio, de su inteligencia y de sus facultades morales y literarias? Aquí entramos en el terreno de lo fantástico. Rara vez se ha visto un cerebro tan prodigiosamente dotado y organizado. Si Homero hubiese existido, hubiera debido parecerse á él; pero Hugo se parece á sí mismo, á toda esa colectividad de rapsodas, cuyos tonos todos abraza, desde lo divertido á lo sublime. Los demás poetas no tienen más que una nota: Virgilio tuvo la dulzura; Dante el terror medroso. Cada uno de ellos tienen un solo instrumento ó dos, y á veces tres como Shakespeare, Goethe ó Ronsard. Hugo los tiene todos.

Su erudición fué formidable, adquirida algo de prisa, pero muy extensa y hasta difusa. Fué cosa de juego para los sabios divertirse en notar los errores históricos en ese colosal panorama en que traza la historia del mundo, desde Eva ó Tubalcán á Trochu. El Luis XIII de *Marion Delorme* no es más que un fantoche desinflado. El Sr. Morel-Fatio¹ la ha tomado con Hugo en lo relativo á España y le ha convencido de una multitud de errores geográficos é históricos. El príncipe de Hohlenlohe refería que Turguenev se divirtió mucho, en 1876 oyendo á Hugo atribuir *Wallenstein* á Goethe.

Egiptólogos, asiriólogos, medievistas han podido cebar su furia en el coloso cuya ciencia enciclopédica no deja por eso de ser menos extraordinaria, dejando á parte algunos detalles. Su obra es larga, escribió mucho: se pregunta uno cómo halló tiempo para leer más todavía. Su facultad creadora de imágenes, su memoria, su imaginación, su riqueza de vocabulario, el deslumbramiento de sus metáforas, la nitidez de sus visiones, los estremecimientos de su alma, la conmoción que nos produce su inspiración imperiosa, todo le coloca en lugar aparte y muy alto é impone la veneración estupefacta. ¡Qué potencia abundante de imágenes! Su vocabulario desconcierta el análisis; excede al tamaño natural. Las palabras no existen, las forja, las estira, las renueva, las alía, las relaciona unas con otras, crea lo que se ha llamado con mucha justicia palabras centauros (caballo-aurora, pastor-promontorio, buitre-aquilón) distintas de las palabras compuestas

1. Por desgracia no hay en Francia muchos hombres como Morel-Fatio á pesar del incremento que han tomado los estudios hispánicos con Mérimée, Martineche, Fouché-Delbosch, Ruanel, Tannenberg, etc. Además su labor no hace gran mella en el público que desconoce completamente á España, sus instituciones y su literatura. En el reciente concurso del *Gaulois* (véase pág. 640) para nada figura España. Es más, discutiendo en la Cámara (sesión del 4 de noviembre de 1909) la Representación proporcional, el gran *leader* socialista Jaurés cita á Bélgica y á otros países y omite á España, donde existe, en parte, hace años aunque él lo ignora. Pero esto no le impide decir horrores de España, como en el caso de Ferrer, dando palos de ciego. (N. del T.)

por Ronsard conforme á la moda antigua. Porque Ronsard resumía de esta suerte los rasgos de una descripción, mientras Hugo hace chocar una contra otra dos palabras que no guardan relación entre sí para hacer brotar la chispa. Tuvo por decirlo así cierta necesidad de buscar en lo que veía algo más que la realidad. Fué la presa del demonio de la analogía. Creó, al lado y encima de nuestro mundo sensible, un universo fantástico de su invención (Léase á Huguet, *el Sentido de la forma en las metáforas de Victor Hugo*). Renán ha señalado este rasgo característico:

El mundo es para él como un imán de mil caras que resplandece con fuego interior y que se halla colocado en medio de una noche sin límites. Quiere expresar lo que ve y lo que siente, pero materialmente no puede. Se obstina y balbucea; se yergue contra lo imposible... Su prodigiosa imaginación completa lo que su razón no percibe. Frecuentemente se halla por encima de la humanidad y otras veces por debajo; como un cíclope apenas desprendido de la materia, tiene secretos de un mundo perdido. Su obra inmensa es el espejismo de un universo que ningún otro ojo es capaz de ver.

No ve ni piensa nada que no necesite comparar con alguna visión concreta. Sobresale en el arte de relacionar las ideas y las cosas y de sorprender sus relaciones y semejanzas; diríase que ha querido tender sobre el universo vastas redes cuyos delgados hilos aprisionan y detienen las cosas. Escoge los términos más lejanos, y mediante una metáfora inesperada, los hace chocar entre sí, los une en estrecho abrazo y los asocia á pesar de ellos como si quisiese afirmar, en todo momento, la inmensa simpatía, la universal fraternidad en que canta el gran concierto de las almas de todos los grados, desde el alma humana hasta la de los más íntimos seres¹.

Porque el poeta es como el filósofo, derrama su piedad en el espacio, oye todas las voces de la noche y se halla en comunicación con todas las almas:

Il sent râler l'espace et souffrir les ténèbres,
Il console et secourt plus bas que l'animal².

Las metáforas son la diversión y el placer de Hugo. Cuando surge una idea, parece que trae siempre consigo una hermana que se le parece y que no es ella. Es como una sombra que reproduce aproximadamente su silueta. Las nubes son el

Noir troupeau que le vent lugubre a sous sa garde³.

1. Véase Em. Blémont, *Victor Hugo y los animales*.
2. Siente ahogarse al espacio, gemir á las tinieblas; Consuela á los más ínfimos seres de la creación.
3. Son el negro rebaño que guarda el viento lúgubre.

Los astros que giran con sus siniestras órbitas son cascos de barcos ó cráneos de gigantes. El relámpago se parece á una interjección. Dada la idea de « cifras » Hugo halla multitud de semejanzas, á cual más curiosas. Su virtuosismo de poeta es admirable. Con las mismas palabras expresa ideas totalmente distintas que parecen nacer naturalmente del asunto y no aplicadas por el arte.

El procedimiento de las comparaciones se completa en Hugo con el de la acumulación que da á la mayor parte de sus poesías un dibujo neto y original. En general una larga enumeración, un período prolongado anteceden, anuncian y preparan el efecto final, contenido en un solo verso. Le gusta mucho esa desproporción que divide la pieza en dos partes desiguales, y en la que la última palabra por sí sola, parece hacer frente á un ejército. Diríase, del dibujo que forman esas piezas, que son una I vuelta, que tiene el punto debajo.

Quand Auguste mourut, Rome, donnant l'exemple,
Sur le mont Palatin lui fit bâtir un temple ;
Et Livie y dressa des figures d'airain ;
Elle mit, au sommet du fronton souverain,
Neptune et Jupiter, et, sous le péristyle,
Le mime Claudius et le danseur Bathylle !.

Hay una retórica de la poesía: Hugo la ha conocido y practicado admirablemente. Á veces se echa de ver con impudencia, — casi con ostentación — parecida á algun trabajo de escolar. Ved la *Visión de las montañas*. Parece que se percibe, á través de las páginas el cuestionario que la ha precedido. ¿Cuáles son las montañas célebres en la historia filosófica y religiosa de la humanidad? El Cáucaso con Prometeo, el monte Ararat y el Diluvio, el Olimpo y los doce dioses, el Sinaí y Moisés; el Calvario y Jesucristo. He aquí pues los cinco párrafos con su marco de un exordio y de una conclusión. Es un tema escolar perfecto.

Exorde : Les nuages roulaient²...

1. J'aperçus un sommet (*Caucase*).
2. Et j'entendis crier : *Ararat*.
3. Une voix dit : *Olympe*.
4. J'entendis un bruit...

12. Cuando fallece Augusto, Roma, dando el ejemplo
Del Palatino en lo alto le hizo erigir un templo.
Con estatuas de bronce queriéndole adornar
Sobre el frontón soberbio Livia hizo colocar
Las de Neptuno y Júpiter, y bajo el peristilo
Las del gran mimo Claudio y el bailarín Batilo.

Exordio : Las nubes iban rodando...

1. Divisé una cima (*Cáucaso*)
2. Y Oí gritar (*Ararat*)
3. Una voz repite : *Olimpo*.
4. En esto un ruido oi...

Et l'infini cria : *Sinaí*.

5. Et je vis une colline chauve,
J'entendis dans la nuit : *Calvaire*.

Conclusion : Je contemplais,
Comme on verrait tourner des pages de registres,
Ces apparitions de montagnes sinistres¹.

En estos cuadros rígidos, encierra sus exuberantes períodos cuya abundancia iguala y sirve de base á la elocuencia.

Léanse las seis estrofas consecutivas del *Emperador en Compiègne* : *Est-ce qu'il est permis* cuyos veinticuatro versos fuertemente rimados parecen agregar algo al vigor de la cólera; léanse los diez y siete versos de *Diez y seis años después*, y se encontrará esa extraña á inagotable inspiración cuyo torrente arrastra al lector del mismo modo que arrastró y sublevó el alma del poeta.

Cuando Hugo nutre su elocuencia con la erudición, lo hace con tal acierto, que lo erudito no perjudica á lo humano; sobresale en el arte de hacer desaparecer hasta las últimas piezas del andamiaje; diríase que la ciencia brota del manantial y se mezcla íntimamente á la inspiración; apenas se piensa en la prodigiosa memoria que secunda en este caso la expansión del alma. Este hombre fué una enciclopedia, y nadie preparó con más solidez que él los temas de sus cantos. Sólo cuando se reflexiona, se echa de ver. Se ha dicho que su ciencia era de fecha reciente; pero ¿acaso la ciencia universal es, en parte alguna, cualidad inmanente del espíritu? Hugo emplea con amplitud los nombres propios, no por alarde, sino de manera que el nombre englobe, encierre, aprisione y contenga por sí solo todo un grupo de ideas. Entonces la palabra está preñada de pensamiento y es breve y llena como una fórmula. ¿Acaso se ha interesado la naturaleza por el poeta de los castigos? Se incomodó acaso

Contre Aman Bonaparte et pour vous Mardocheé²?

Los nombres se encuentran, se cruzan como espadas, y brotan chispas. ¿Para qué sirve el álgebra?

Échelle, faite d'ombre et dont les échelons

De Dédale et d'Hermès ont usé les talons³

Y gritó el infinito : *Sinaí*.

5. Y vi una calva colina,

Y oí en la noche : *Calvario*.

1. Conclusion : Yo contemplaba
Estas apariciones de siniestras montañas
Cual de un álbum las páginas se suelen hojear.
2. ¿Contra Amán Bonaparte, y por vos, Mardoqueo?
3. Escala hecha de sombra y cuyos escalones
De Dédalo y de Hermes gastaron los talones.

El procedimiento le sostiene por todas partes y le inspira siempre que una cuestión le lleva á trazar la historia de la misma. Los nombres propios tienen una sonoridad y una elocuencia peculiares. Á propósito de las matemáticas he aquí la revista de los grandes matemáticos, la exposición resplandeciente de su historia, en que brillan como astros los grandes nombres, Mónima, Meron, Aristóteles, Geber, Euclides, Euler, Hipside, Newton, Halley, Nicetas y Galileo. En otra parte son los poetas pensadores como Shakespeare, Esquilo, Píndaro, David, etc.

Ó bien, es la historia del derecho (véase *En plein XIX^e siècle*) ó bien Beccaria ó Vouglans, y el pensamiento sale vigoroso resplandeciente, como templado en el crisol y en la prueba del pasado. Abusa de los nombres propios y hasta los inventa¹: Jerimadeth, Gés, Anthrops, Serops, Andès, Beor, y lo más maravilloso en que parecen verdaderos y que no se comprendería una mitología en que faltasen ellos.

Me gusta menos la erudición de los nombres comunes que fuerzan la estrecha entrada del vocabulario. Toma cierto aire de violencia, de intrusión penosa, de sujeción y de fastidiosa necesidad.

No puedo ya estimar en su justo valor los conocimientos técnicos que tal vez han sido precisos para hablarme del *octante* del nigromante que canta *abracadabra*² ó del *ábaco* de Pitágoras; pero no veo absolutamente la razón — á no ser la fastidiosa é imperiosa exigencia de la rima en virtud de la cual me habla el poeta de *muchir* (en *Mentana*) ó bien llama á los coraceros « clypeati », lo cual es latín y no francés ó bien me maravilla presentándome un monstruo de mil manos al que nombra *hecatonquiro*, con tanta naturalidad y de un modo tan corriente que casi me avergüenzo de mi sorpresa. Es sensible con frecuencia que semejante obscuridad en los términos pase al pensamiento y se infiltre en él. Hay enigmas en sus versos y jeroglíficos como el de los gases que son *confusas abundancias*, ó también

Le grand moi de l'Abîme, inutile hypothèse³.

Todo esto raya en lo extraño; en otro sitio caemos en plena extrañeza, como cuando los clavos de la cruz de Cristo se metamorfosean

1. Hablando de este abuso de los nombres propios, dice Valera: « Suelen ser tan disparatadas estas procesiones, esta combinación de nombres propios, este aluvión tumultuoso de personajes célebres que sólo pueden dar mezquinísima idea de ello las décimas de Iriarte, que empiezan: *Tocando la lira Orfeo*, etc. » Por lo demás merece leerse todo el admirable estudio que consagra Valera á Víctor Hugo en su *Nuevo Arte de escribir novelas* desde la página 190 hasta la 199. (N. del T.)

2. Esta palabra lo mismo que el adjetivo *abracadabrante* juntamente con *macabro*, y *macabra* se los han colgado, los modernistas y reformadores del castellano, á nuestra lengua que con tales veneras se parece á la capa del estudiante:

... Un jardín de flores
Toda llena de remiendos
De diferentes colores.

(N. del T.)

3. El gran Yo del abismo, hipótesis inútil.

en pájaros, ó cuando penetramos en un frío en que el espíritu respira hielo, ó cuando sorprendemos este trozo de conversación:

Tiens ! vous me tutoyez ? dit le lion au Cid¹.

El pensamiento de Hugo, en su formidable trabajo de expansión y de dilatación, no conoce límites, y excede á veces los del buen gusto puro y seguro. Hay pequeñas manchas en las más hermosas páginas; su elocuencia tiene á veces verrugas; emplea chistes al hablar del sistema del mundo: tres estrellas se le aparecen como un triángulo, un delta, que escribe en los cielos « el nombre divino la sombría mayúscula. » El filósofo dulce y bueno que difunde su piedad sobre toda la naturaleza,

Sent dans la nuit ses mains par des langues léchées².

Hay acá y acullá esta clase de extravíos. Baraja lo trivial y lo sublime; ciertas mezclas son debilitantes. Es con frecuencia muy arriesgado verter algunas gotas de realismo en lo ideal como si se echase plomo derretido en la envoltura de un aerostato. Si se me dice que la humanidad es falsa, lo creo, pero me parece poco oportuno que se evoque, en medio de estas especulaciones de ética, el mostrador de una tienda. Este prosaísmo de la idea se apodera á veces del estilo y con frecuencia se leen versos al lado de los cuales pasarían por románticos los versos de Boileau ó de Empis.

Semejantes flaquezas hijas de la anemia, desentonan sobre el conjunto vigoroso y crudo. El estilo es generalmente sólido y se halla cincelado en bronce; son un granito compacto esas frases cortas, nerviosas, concisas, recogidas, recias, dignas de Tácito. Con frecuencia parecen replegarse, encogerse, para ocultar todo lo saliente y no presentar más que un pequeño bloque macizo y liso sin accesorios ni *floritures*; todos los elementos parásitos de la frase desaparecen, sólo queda el corazón, el núcleo, el germen.

Estos son pequeños recursos de que Hugo se sirve de buen grado para traducir la impaciencia del alma mediante la opresión de ese estilo que Bufon hubiera llamado « asmático ». Agravan y subrayan la intención enérgica menos eficazmente tal vez que los valores rudos y crudos del pensamiento cuya violencia llega hasta la brutalidad. Así, hablando de una muerta, dice:

Sent fourmiller les vers de terre dans sa bouche³.

- | | |
|----|---|
| 1. | ¡ Cómo ! ; tú me tuteas ? dijo el león al Cid. |
| 2. | Sus manos allá en la noche
Siente lamidas por lenguas. |
| 3. | Y las lombrices sienten en su boca hormiguear. |